

eterna fidelidad! ¿Tan presto te olvidas de la fé que me prometiste? Quiera el cielo que en castigo de tu cruel engaño el lecho conyugal; que vas á manchar por medio de un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos en vez de los lícitos placeres que esperas. Que las caricias de Constanza sean una fuente envenenada que derrame de continuo ponzoña en tu corazon infiel. Y por decirlo todo de una vez, que tu himenéo sea tan infeliz y tan desdichado como el mio. Sí, traidor; sí, pérfido, seré esposa del Condestable, á quien no amo, para vengarme yo de mí misma, castigando así el desacierto de mi eleccion en el objeto de mi amor. Ya que la Religion no me permite quitarme la vida, quiero que los dias que me restan sean una cadena no interrumpida de desdichas, aflicciones y tormentos. Si en ese corazon ha quedado todavia alguna centella de amor á mi persona, será un tormento para tí verme en los brazos de otro hombre; pero si enteramente te has olvidado de mí, podrá á lo ménos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En estos y semejantes desahogos del dolor pasó la noche que precedió á su matrimonio con el Condestable aquella infeliz víctima del amor y de la obligacion. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió prisa á no malograr tan favorable ocasion. El mismo dia

hizo venir al Condestable á Belmonte, y le casó secretamente con su hija en la Capilla de su Palacio. ¡Oh y que dia para Blanca! No la bastaba renunciar á una corona; perder un amante amado; entregarse á un objeto aborrecido: era ménester hacerse la mayor violencia, y disimular su opresion á vista de un marido naturalmente zeloso y preocupado de la pasion mas vehemente. Encantado el esposo con el gusto de poseerla, no se apartaba un momento de su lado, privándola así del triste consuelo de llorar en secreto su desdicha. Llegó la noche, y llegó con ella la hora en que á la hija de Leoncio se redobló la afliccion. Pero ¡quánto creció ésta quando habiéndola desnudado sus criadas se vió á solas con el Condestable! Preguntóla éste respetuosa y tiernamente cuál era el motivo de aquel abatimiento que leía en sus ojos y observaba en su semblante. Turbó esta ptegunta á Blanca, y fingió que se sentia indispueta. Por entónces quedó el esposo engañado, pero duró poco el engaño. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veía y la apuraba para que entrase en la cama, sus instancias, que no acertó á explicar bien, presentaron á su imaginacion la idea mas dolorosa y mas cruel: tanto, que no siendo ya dueña de poderse contener, dió libre curso á sus ahogados suspiros y á su reprimido llanto. ¡Oh qué espectáculo para un hombre que se consideraba en el colmo de sus mas vivos deseos! No dudó ya que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüe-

ro á su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en un estado casi tan deplorable como el de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándola palabra de que la dexaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que esto la podia servir de algun alivio. Respondió Blanca que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento y la debilidad que sentia. Fingió creerla el Condestable. Acostose en esto Blanca y los dos esposos pasaron aquella noche muy diferente de las que concede himenéo á dos recién casados que tiernamente se aman.

Mientras la hija de Sifredo se entregaba toda á su dolor, andaba el Condestable examinando en sí mismo qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadiase á que tenía algun competidor, pero quando le queria descubrir se barajaban y se confundian sus ideas; y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz. Habia pasado en esta agitacion las dos terceras partes de la noche quando llegó á oír un ruido sordo. Quedó altamente sorprendido, sintiendo ciertos pasos lentos dentro de aquel mismo quarto. Tuvolo por ilusion, acordándose de que él mismo habia cerrado la puerta quando se retiraron las criadas de Blanca. Abrió no obstante la cortina para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose

apa-

apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oír una voz lánguida y baxa, que repetia varias veces Blanca, Blanca. Encendiéronse entonces sus zelosas sospechas; convirtiéndose en furor; sobresaltado el honor le hizo salir de la cama, y considerándose obligado á precaver una afrenta, ó á tomar venganza de ella, echó mano á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hácia donde le llamaba la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya. Ya avanza, ya se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del quarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase: aplica el oído, y nada escucha. ¡Qué encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honor; tienta el cerrojo, y hállala cerrada como la habia dexado. No pudiendo comprehender nada de tan estraña aventura llama á los criados mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, párase en medio de ella, cerrando la entrada y la salida para que no se le escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos domésticos todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á examinar todos los rincones del quarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el menor indicio de que alguno haya entrado en él, no en-

34421

encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiese introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian á no dudar de su desgracia. Esto excitó en su fantasía una confusión de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño parecía recurso inútil, igualmente que arriesgado. Era muy interesada, á la verdad, para que se pudiese esperar de ella una sincera explicacion. Tomó, pues, el partido de abrir su corazon con Leoncio, diciéndole que le parecía haber sentido algun ruido en su aposento, pero que se había engañado. Encontró á su suegro que salia de su quarto, habiéndole despertado el rumor que había oído, y despedidos los criados le contó menudamente todo lo que le había pasado con muestras de estraña agitacion y de profundo dolor.

Sorprendióse altamente Sifredo al escuchar toda la aventura, y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias le representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del Rey; pensamiento que le cubrió de la mas viva afliccion. Pero léxos de contestar á las zelosas sospechas de su hierno, le representó con ayre de seguridad que aquella voz que imaginaba haber oído, y aquella imaginaria espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podian ser otra cosa que fantasias de una imaginacion alterada con los zelos; que no era posible que alguno tuviese aliento para en-

entrar en el quarto de su hija; que la tristeza que había observado en ella podia ser efecto natural de alguna oculta mugeril indisposicion; que el honor nada tenia que ver con las alteraciones del temperamento, ni con las incomodidades del sexó: que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en soledad, y que se veía entregada á un hombre tan inopinadamente, sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia ser la causa muy natural de aquellos suspiros, de aquella afliccion y de aquel amargo llanto; que el amor en las doncellas de sangre noble solo se producía á beneficio del tiempo, y con la continuacion obsequiosa de servicios; que en virtud de esto podia calmar sus inquietudes, y antes bien le aconsejaba redoblase su ternura y diese toda libertad á sus finezas, para ir disponiendo poco á poco el corazon de Blanca á mostrarse mas sensible; y que le rogaba en fin volviese á su hija, en la inteligencia que su desconfianza y turbacion le ofendian mucho.

Nada respondió el Condestable á estas razones, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la turbacion de su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular que intentar inutilmente convencer al viejo de un suceso en que lo inverosimil disputaba sus privilegios á lo verdadero. Volvió al quarto de su muger, restituyóse á la cama, y procuró lograr algun paréntesis de sus molestas inquietudes á beneficio del sueño. Blanca por

44 *Las Aventuras de Gil Blas.*

por su parte no estaba mas tranquila que él. Demasiadamente habia oido todo lo que oyó su esposo, y no podia tener por ilusion una aventura de cuyo secreto y motivos estaba tan informada. Es verdad que se admiraba mucho de que Enrique hubiese solicitado introducirse en su quarto despues de haber dado su palabra con tanta solemnidad á la Princesa Constanza. Y en vez de celebrar este paso, y de que le causase alguna alegría, lo consideró como un nuevo ultrage, que encendió en su corazon mayor y mas irritada cólera.

Mientras la hija de Sifredo preocupada contra el jóven Rey le miraba como el mas pérfido de todos los mortales, el desgraciado Monarca, mas ciegamente apasionado que nunca á su amada Blanca, deseaba abocarse á solas con ella para justificar su constante fidelidad á pesar de todas las contrarias apariencias. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto, si se lo hubieran permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche se hubiera podido escapar á los ojos de la Corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse secretamente en la Quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba al jardin. Por ésta llegó á su antiguo quarto, y desde él se introduxo en el de Blanca, mediante la consabida y oculta puerta. Facil es imaginar quanta seria la admi-

Lib. IV. Cap. IV. 45

miracion de este Príncipe quando se encontró con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar sobre el mismo hecho al temerario que tenia atrevimiento para hacer resistencia y levantar su mano sacrilega contra su propio Rey; pero suspendió su resentimiento el respeto que debia al honor de la hija de Leoncio, y mas turbado que antes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la Ciudad poco antes que despuntase el dia, y se encerró en su quarto, tan agitado que no le fué posible lograr algun reposo. Solo pensó en restituirse á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo la vehemencia de su amor le estaban executando para procurar instruirse quanto antes en todas las circunstancias de tan cruel aventura.

Apenas se levantó dió orden que se previniese el equipage de caza, y con pretexto de querer divertirse en ella se fué al bosque de Belmonte. Cazó por disimulo algun tiempo, y quando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y partió solo hácia la Quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurrendo algun pretexto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo,

TOMO II.

G

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
"ALFONSO REYES"
APR. 16 1925 MONTERREY, MEXICO

quando al atravesar un sendero que iba á dar en una de las puertas del parque, vió no distantes de sí á dos mugeres que estaban sentadas sobre la fresca yerba á la sombra de un corpulento y frondoso árbol. No dudó que eran algunas personas de la Quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó al extremo, quando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habíase escapado de la Quinta, llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel retirado sitio.

Luego que Enrique la conoció voló hácia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse á sus pies, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, la dixo enternecido: suspended, bella Blanca, esos injustos ímpetus de vuestro acerbo dolor. Las apariencias (confiésolo así) me condenan justamente; mas quando esteis informada de mis ocultos intentos puede ser que lo que se os representa delito sea para vos la mayor prueba de mi inocencia y del exceso de mi amor. Estas palabras que en el concepto de Enrique le parecían capaces de templar la afliccion de Blanca, solo sirvieron para exácerbarla mas. Quiso responderle, pero atropellándose en el pecho los suspiros cerraban el camino á los esfuerzos de la voz. Asombrado el Príncipe de verla tan embargada, prosiguió diciéndola: ¿pues qué,

se-

señora, es posible que no pueda yo calmar la inquietud que os agita? ¿Por qué desgracia ha perdido vuestra confianza un hombre que despreció una corona y su propia vida por conservarla solo para vos? Entonces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo para poderse explicar, le respondió, articulando mal las palabras, cortadas con sollozos: señor, ya llegan tarde vuestras promesas: no hay ya poder en el mundo para que sea uno mismo el destino de los dos. ¡Ah, Blanca, interrumpió Enrique broncamente, ¡qué palabras tan crueles han salido de tu boca! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será tan temerario que tenga aliento para oponerse á un Rey que reducirá á ceniza toda la Sicilia antes de sufrir que ninguno os robe á sus amorosas esperanzas? Inútil será, señor, todo vuestro poder (respondió con desmayada voz la hija de Sifredo) para deshacer el invencible impedimento que nos separa. Sabed que ya soy muger del Condestable.

¡Muger del Condestable! exclamó el Rey dando algunos pasos hácia atrás; y no pudo decir mas, tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle la fuerzas, y cayó desmayado al pie de un árbol que estaba cerca de él. Quedó pálido, trémulo y tan enagenado que solo tenia libres los ojos para fixarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dexaba comprender quanto le habia penetrado el infortunio que le anunciaba. Blanca

G 2

por

por su parte miraba tambien al Príncipe en ayre, que se conocia ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos amantes con un silencio en que á vueltas de la ternura se dexaba traslucir cierta especie de horror. Volvió finalmente algun tanto de su desmayo, y esforzándose como pudo, dixo con suspiros: ¿qué habeis hecho, señora? Vuestra crédula aprension me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el Rey á su parecer la culpase, quando ella vivia persuadida á que tenia de su parte toda la razon para estar quejosa de él, y le dixo no sin alguna viveza: ¿qué, señor, pretendeis por ventura añadir el disimulo á la traicion? ¿Quereis que desmienta á mis propios oidos, y que á pesar de su informe os tenga por inocente? No, señor; confieso que no me siento con fuerzas para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dixo el Rey, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente. Han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tan verdad es que yo estoy inocente y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del Condestable. ¿Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano, y con ella el de vuestro corazon? ¿No asegurasteis á los Grandes del Reyno que os conformaríais con la voluntad del Rey difunto, y á la Princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los home-

na-

nages que se debian á una Reyna y esposa del Príncipe Enrique? Sin duda que mis ojos estarían alucinados como mis oidos. Confesad antes bien que no creisteis debía contrabalanazar el corazon de Blanca al interes de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentís, ni quizá habeis sentido jamás, confesad que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con la dichosa Constanza que con la desgraciada hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un Príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debíais mantenerme en este error. No ignorais los sobresaltos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en disipar mis temores? Entonces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamás haber obtenido de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del Condestable, y por no exponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que dexé á un Príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Diciendo esto hizo una gran reverencia á Enrique, y se alejó de él con toda la aceleracion

cion

cion que la permitia el estado en que se hallaba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique, haciendo ademán de detenerla por un brazo. No desesperéis á un Príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara de haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca caminando siempre, aunque con paso mas lento. Debierais haber impedido diese la mano al Condestable antes de abandonaros á tan generosos transportes; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia sea reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisierais. Si tuve la flaqueza de dexar que mi pobre corazón fuese sorprendido, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y para que vea el Rey de Sicilia que la esposa del Condestable ya no es ni puede ser amante del Príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con despecho, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu, y dexó al Rey traspasado de dolor. No podia menos de sentir el de la profunda herida que habia abierto en su corazón la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! exclamaba. ¿Es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestros recíprocos empeños? A pesar de mis juramentos y los tuyos estamos ya separados? ¿Con que no fue mas que una ilusión la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah cruel, y qué

ca-

cara me cuesta la gloria que tanto me lisonjeaba de haber logrado que mi amor fuese de tí correspondido!

Representósele entónces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada con todo el horror de los mas rabiosos zelos; y esta pasión se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para inmolar á su dolor al Condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los impetuosos movimientos de la desordenada pasión. Con todo eso, quando consideraba imposible desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, entraba en una especie de ira desesperada, que se acercaba á furor. Lisonjeábase de que la borraría aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla sin testigos y con plena libertad. Animado con este pensamiento concluyó que era menester alejar de su compañía al Condestable, y resolvió hacerle prender como á sospechoso reo de Estado en las presentes circunstancias. En esta conformidad dió la orden al Capitan de sus guardias, el qual partió á Belmonte, apoderóse de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo, dexándole preso en el castillo de Palermo.

Consternóse el Palacio de Belmonte á vista de un incidente tan ruidoso como impensado. Sifredo montó inmediatamente á caballo, y partió en posta á responder al Rey por la inocencia de su hierno, y á representarle las funestas

con-

consequencias de una prision en que la venganza y el despecho pretendian disfrazarse con el traje de la justicia. Previendo bien el Rey este paso que daría su Ministro, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al Condestable, habia dado orden que á ninguno se dexase entrar en su quarto aquella noche. Sin embargo Sifredo pudo persuadir á la guardia que en esta universal orden del Rey no se debia entender comprendido su primer Ministro miéntras expresamente no se le nombrase, y facilitándose así la entrada en el quarto Real: Señor, le dixo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su señor, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi hierno? ¿Ha considerado V. M. el eterno oprobrio de que cubre á mi familia, y las consequencias de una prision que puede enagenar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del Estado? Tengo avisos ciertos, respondió el Rey, de que el Condestable mantiene delinquentes inteligencias con el Infante Don Pedro. ¡El Condestable inteligencias secretas y delinquentes! interrumpió admirado y sorprendido Leoncio. ¡Ah señor! no lo crea V. M. Sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al Condestable ser hierno mio, para estar en este punto á cubierto de toda sospecha. El está inocente; vos lo sabeis; otros motivos se-
cre-

cretos son los que os han inducido á prenderle. Ya que me hablas con tanta claridad, repuso el Rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al Condestable. ¡Ah! ¿y no podré tambien quejarme de tu crueldad, Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente toda mi dicha, toda mi quietud y todo mi reposo poniéndome en estado por tus oficiosas máximas de que mire con envidia al mas vil de todos los mortales. No, no te lisonjees de que yo entre jamas en tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza... ¡Qué, señor! interrumpió Leoncio fuera de sí. ¿Cómo será posible que no os caseis con la Princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el Reyno? Si es que engañé su esperanza, repuso el Monarca, échate á tí solo la culpa. ¿Por qué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para disponer de él en favor de una Princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de Matilde, de aquella cruel Matilde que atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio?
TOMO II. H ¿Y